

TRAS EL  
RECUERDO

*Mai*

El dolor llega de pronto y, una vez hace acto de presencia, no aumenta ni disminuye. Dura apenas unos segundos en los que pienso que voy a morir. Dicen que cuando estás al borde de la muerte tu vida pasa ante tus ojos, pero yo no pienso en nada, solo lucho por respirar y rezo a un Dios en el que no creo, para que termine con esta agonía. Entonces todo se vuelve negro y dejo de sentir.

...

Cuando abro los ojos sé que algo va mal, aunque no logro situar esa sensación entre todo el barullo de emociones que se abren paso hasta mí sin dejarme tiempo para asimilarlas.

El techo es blanco, hay una luz que me daña los ojos y un fuerte olor a antiséptico consigue que arrugue la nariz. Unas sábanas tapan mi cuerpo, son suaves y ligeras.

-Oh, ya te has despertado -escucho que dice una voz femenina-. Iré a avisar al médico -al girar la cabeza en busca de la dueña de esas palabras, ya se ha ido.

En la pared de enfrente, situada a bastante distancia por encima de mi cabeza, hay una televisión pequeña encendida; a mi izquierda, una mujer tumbada en una cama igual que la mía se ríe escandalosamente. No sé si se ha dado cuenta de que estoy aquí o si, por el contrario, no le importa.

-Buenos días, soy el doctor García -dice un hombre al entrar en la habitación. Lleva una bata blanca, supongo que es mi médico-. ¿Cómo te encuentras?

-Cansada -me sorprende mi respuesta, pues tengo la sensación de que llevo bastante tiempo durmiendo. Me doy cuenta de lo áspera que suena mi voz.

-Bueno, no te quitaré mucho tiempo de descanso. Te haré unas preguntas básicas, ¿vale?

Asiento con la cabeza y espero. La respiración se me acelera ligeramente.

-¿Cómo te llamas?

-Soy... -empiezo a decir-. Soy...- repito, pero no consigo añadir nada más. El doctor frunce el ceño y me mira fijamente.

-Vayamos con otra pregunta, ¿cuántos años tienes?

-Yo... Yo no... -tartamudeo-. No lo sé.

-Dime lo último que recuerdas -continúa.

-Me acuerdo de... Tengo un recuerdo... Una tarta de cumpleaños, era de chocolate -los ojos se me inundan y el médico deja de apuntar.

-No te preocupes, luego vendré a verte. Intenta recordar algo más, ¿vale?

El doctor se marcha y veo por el rabillo del ojo que la anciana de la otra cama fija sus ojos entrecerrados en mí; me observa en silencio.

Pocos minutos después, llega una mujer también con bata blanca; veo que guarda un subrayador

rosa en el bolsillo superior.

-Hola, cielo -reconozco la voz, es la de la mujer de antes, la que fue a llamar al médico-. No te preocupes, pronto te acordarás de algo, ¿tienes hambre? Tengo tu comida. Ah, por cierto, hemos conseguido identificarte: la policía encontró tu documentación en el coche en el que tuviste el accidente -esta mujer habla demasiado y la información me llega a trompicones. Deja la bandeja con mi comida en una mesa cercana y se sienta a mi lado en una silla para decirme todo lo que cree que necesito saber-. Te llamas Ángela Fernández Izquierdo, tienes 19 años y vives muy cerca de aquí. Cumplirás los veinte el dos de diciembre.

-¿Ha venido alguien a verme? -interrumpo a la enfermera, pero no parece molestarle.

-Están contactando ahora mismo con tu familia. Por lo que sé, muy pronto llegarán tus padres. No te preocupes, estoy segura de que recordarás enseguida y todo volverá a ser como antes.

Asiento con la cabeza nerviosa y decido comer algo. La sopa está un poco sosa, me da la sensación de que todo sabe a hospital y eso me quita el hambre.

Media hora después alguien toca a la puerta y una cabeza se asoma. Es una mujer rubia de ojos castaños. Cuando entra completamente y se acerca veo que tiene los ojos un poco rojos, lo que me hace suponer que ha estado llorando. Es una mujer de estatura media; sujeta un bolso de Chanel y lleva un vestido que parece demasiado elegante para un hospital. Cualquiera se preguntaría si acaba de salir de una reunión importante o quizás de una fiesta para gente de clase alta. Detrás de ella, un hombre un poco más alto vestido con traje, camina en silencio.

-Hola, cariño. Hemos venido en cuanto nos hemos enterado del accidente, siento mucho lo que ha pasado. ¿Cómo te encuentras? No te preocupes, en cuanto arreglemos todo te llevaremos a un doctor privado -dice la mujer deprisa; el hombre pone la mano sobre su hombro, como si estuviera frenándola, y me mira con pena.

-Recuerda lo que ha dicho el neurólogo -murmura, supongo que pretendiendo que yo no lo oiga, pero lo escucho de todos modos.

-Lo siento, no sé si puedo con esto -contesta la mujer dubitativa y abraza al hombre.

-Hola -digo finalmente-. ¿Vosotros sois...? -respiro entrecortadamente-. ¿Vosotros sois mis padres?

La mujer solloza y el hombre intenta consolarla como puede.

-Sí, somos tus padres -dice la mujer con lágrimas en los ojos.

-¿Tengo más familia? -mi madre suelta otro sollozo y es mi padre el que responde esta vez.

-Una hermana mayor, se llama Celia -veo cómo traga saliva notablemente y tengo la sensación de que intenta controlar sus ganas de llorar.

Asiento en silencio y ordeno las preguntas en mi cabeza.

-¿Ha venido a verme?

-Está en la cafetería, subirá en un rato -explica mi padre-. Ha venido con alguien más.

Un escalofrío recorre mi espalda.

-¿Con quién?

-Con tu novio, llevas dos años con él.

Mi madre se agita con fuerza entre los brazos de mi padre.

La enfermera comunica a mis padres que necesito descansar para recuperar la memoria, de modo que se marchan a la cafetería para comer algo y me quedo a solas con la anciana que me observaba.

-Pérdida de memoria... -comenta-. ¿No recuerdas nada de tu vida?

-Algo -respondo sin lograr deducir sus intenciones-. Pero son solo algunos *flashes* y no me gustan.

La anciana frunce el ceño y dibuja una mueca en su rostro arrugado.

-¿Qué tipo de *flashes*? -pregunta con indiscreción.

-Violentos -digo seca, esperando que eso le baste para que deje de preguntar.

-¿Por parte de quién?

-No lo sé, de un chico, alguien joven -estoy empezando a enfadarme.

-¿Tu novio?

-No sé quién es mi supuesto novio. Ya le he dicho que apenas me acuerdo de nada.

-¿Y por qué no le has hablado al doctor de esas imágenes que te vienen?

-No lo recordaba cuando ha venido.

-Ya... -acepta la mujer finalmente y se queda pensativa. Espero a que pregunte algo más, pero afortunadamente no lo hace.

Cuando despierto tiempo después no sé cuánto he estado durmiendo. Enfoco la vista y una cara aparece ante mí. Siento cómo las facciones de mi rostro se tensan al instante y la respiración se me acelera.

-Hola, mi amor. Por fin te has despertado -dice la voz del joven. Es atractivo.

-¿Tu quién eres? -noto cómo la voz se me atasca en la garganta, aunque sé que no debería.

-Soy Borja, tu novio -parece dolido y algo resentido.

-Yo...

-No te preocupes -aunque distingo un destello de ironía muy sutil en su voz, me sorprende haberlo notado.

Da unos pasos hacia mí y mis manos se cierran en puños automáticamente. Se sienta cerca de mí, demasiado cerca, y me acaricia el pelo. Un escalofrío me recorre el cuerpo; le aparto la mano.

-No te conozco -aclaró.

-Eres mi novia.

-Pero no te conozco. Aléjate, por favor.

-Te acordarás -asegura él.

-De momento no recuerdo nada.

Se aparta de mi lado y suspiro aliviada.

Entonces entra el doctor a la habitación, parece preocupado aunque tengo la sensación de que intenta disimularlo lo mejor que puede.

-Disculpad la interrupción, pero debo hablar con Ángela -se apresura a decir-. ¿Puede salir un momento?

-Claro -acepta Borja-. Luego nos vemos -y mientras se aleja me lanza una mirada que no logro interpretar.

El doctor se sienta en una silla y espera a que el sonido de la puerta al cerrarse indique que el joven se ha marchado. La anciana tiene los ojos cerrados, parece que está durmiendo aunque yo no me fío demasiado.

-La policía nos ha comunicado algo sobre el accidente, algo que creemos que deberías saber.

Frunzo el ceño, esperando a que continúe.

-Aseguran que fue un accidente provocado -añade-. No conozco los detalles, pero lo afirman con bastante seguridad.

Mi pulso se acelera.

-Necesito que recuerdes todo lo que pasó en el percance, cuál era tu objetivo.

-No me acuerdo de nada -me apresuro a decir.

-Lo sé, pero debes intentarlo, habla con tus familiares, pregúntales. Algo tuvo que pasar para que quisieras acabar así o peor -se inclina hacia delante-. Comunícame lo que recuerdes, por mínimo que sea -mantiene sus ojos fijos en mí durante unos segundos y después se endereza-. Te dejo a solas.

El doctor se levanta de la silla y desaparece por la puerta.

-Un accidente provocado... -murmura la anciana-. Recuerdos violentos... Tengo la sensación de que todo tiene algo que ver -todas sus palabras están impregnadas de ironía. Habla como si algo fuera evidente, como si supiera algo que los demás no ven.

-Yo no lo sé y no creo que deba inmiscuirse en los problemas de los demás.

No añade nada más, de modo que intento relajarme un poco.

-Te vamos a trasladar a un hospital privado -me dice mi madre días después-. Allí te recuperarás antes y estarás más cómoda. Ya está todo preparado. Y, cuando te sientas mejor, volveremos a casa

y todo volverá a ser como antes.

-No quiero ir.

-¿Cómo que no quieres ir?

-Aquí estoy bien, ya conozco al doctor y a las enfermeras. Además, recordaré lo mismo aquí que en cualquier otro sitio.

-Pero, cariño, podemos permitirnoslo.

-Por favor -añade mi padre-. Haz caso a tu madre, es lo mejor para ti.

-No me acuerdo, en mi cabeza no he vivido nada con ella, no sabría reconocer su voz entre varias ni estaría cómoda viviendo en la misma casa. Sé que es duro, pero es así. De modo que no podéis obligarme. Tengo 19 años y, según me habéis dicho antes, tengo más dinero del que necesito en mi cuenta bancaria; puedo alquilar un piso y buscar un trabajo, pero no voy a ir a vuestra casa -explico firme. Sé que les estoy haciendo daño, pero es mejor aclarar las cosas antes de que sea demasiado tarde.

-¿Te estás oyendo? -pregunta mi madre algo molesta-. ¡Alquilar un piso! Te podemos comprar una buena casa cerca de la nuestra para que nos veamos y no necesitas trabajar.

-Yo no quiero depender de vosotros, quiero crear mi propia vida y poder pagarme un piso trabajando.

A mi madre se le inundan los ojos y se lleva una mano al pecho, como si le doliera.

-Ya hablaremos, se está acabando la hora de visita -nos dice mi padre tras echar un vistazo a su reloj de pulsera.

La siguiente visita la hace Borja.

-Toc toc -hace el sonido de tocar a la puerta con la voz-. ¿Se puede?

Me quedo pensativa unos instantes.

-Claro -acepto finalmente.

-¿Qué tal has pasado los últimos días? El médico recomendó que no hiciéramos muchas visitas, de modo que solo han podido venir tus padres, aunque no me ha hecho ninguna gracia. Por cierto, tus padres me han dicho que no quieres volver a casa, aunque creen que es una etapa y que pronto se te pasará -me informa mientras acerca una silla a mi cama y se sienta.

Me limito a observarle con cierta indiferencia.

-A mí se me ha ocurrido una idea que a lo mejor te parece bien.

Restriego las manos por las sábanas para intentar secar el sudor de ellas.

-¿Qué idea?

-Tal vez prefieras venir a vivir conmigo -sugiere despacio.

-No -digo sin pensar-. Quiero decir... No te conozco, no podría ir a vivir con un desconocido.

-No soy un desconocido, soy tu novio.

-No eres mi novio, no sé quién eres.

-Podríamos volver a intentar mantener la relación que teníamos, ya sabes. Antes éramos felices -pone su mano sobre mi muñeca y aprieta. Tenso mi cuerpo y aprieto los dientes-. Podríamos volver a empezar. Te enamoraste una vez de mí, podrías volver a enamorarte.

-No te conozco y me estás haciendo daño -repito quitando su mano de mi muñeca-. Yo lo siento, pero no quiero mantener una relación con nadie.

Al fin se rinde y me mira con pena.

-Bueno, si cambias de opinión avísame. Tu médico me ha dicho que pronto te darán el alta y podrás retomar tu vida, espero que vengas conmigo.

No contesto, él se levanta de la silla, la deja en su sitio y se marcha.

-¿Por qué no quieres vivir con él? -pregunta la anciana en cuanto se cierra la puerta de la habitación.

Suspiro exasperada.

-Porque no lo conozco.

-Te comportas de forma extraña cuando está él delante, ¿lo sabías?

-Me comporto de forma extraña cuando está cualquiera delante -corrijo.

-Me recuerdas a mí, a mi manera de estar cuando mi marido estaba delante.

-¿Qué te pasaba?

-Que me pegaba, pero en aquella época no podía decirlo. Me alegré mucho cuando se murió. Era un hombre muy atractivo, tenía muchos amigos y solía llegar a casa borracho. Todavía soy capaz de recordar el hedor de su aliento y la marca invisible de sus manos cuando me soltaba.

-¿Se lo contaste a alguien? -pregunto dudosa.

-No.

-¿Por qué?

-Porque tenía miedo, una amiga lo contó y acabó muerta, y yo no quería acabar igual. Aquellos tiempos eran muy diferentes a los de ahora.

-Vaya... Lo siento mucho.

-No te preocupes, ya murió y ahora disfruto de una vida normal.

-¿Y los recuerdos?

-A veces los tengo, normalmente en forma de pesadillas. Pero contra eso no puedo hacer nada. Si hubiera vivido en esta época habría buscado la forma de huir de la situación. En este tiempo es más sencillo, hay oportunidades y no dejaría que algo así me arruinara la vida.

Cojo el bolso de Gucci que encontraron en el coche con todas mis pertenencias. Ahora que llevo

mi ropa, y no el camisón que tienen los pacientes en el hospital, me siento más cómoda.

-¿Dónde vas a ir a vivir? -me pregunta la anciana con la que he compartido habitación durante este tiempo.

-He encontrado un piso en el centro. No es muy grande, pero para una sola persona está muy bien -respondo mientras recojo mi pelo en una cola de caballo.

Oigo la puerta abrirse detrás de mí.

-Ya te vas -afirma mi médico.

-Sí, tengo que volver a empezar a vivir. Supongo que si vuelvo a recordar no importa el lugar donde esté.

-¿Todavía no te acuerdas de nada?

-Algún momento, pero no reconozco a nadie. Ni siquiera viéndoles en persona.

-Te voy a dar un último consejo: si quieres volver a recordar, una buena ayuda es estando con tu familia, viendo fotografías, que te cuenten anécdotas. Poco a poco, es probable que la familiaridad con el ambiente y con las personas con las que has estado tantos años te hagan recordar. Pero si en cualquier momento te sientes presionada, aléjate y descansa.

Asiento con la cabeza y me siento en el borde de la cama.

-Gracias por su ayuda -le contesto-. No es fácil pasar por esto.

-Que tengas una buena vuelta a la vida. Cualquier cosa que necesites, si te acuerdas de algo, avísame.

-Claro, gracias.

Sonrío y él sale de la habitación dejándome a solas con la anciana.

-Si quieres venir a visitarme algún día, estaré aquí algún tiempo más.

-Tal vez lo haga, teniendo en cuenta que es la única persona con la que tengo algo de confianza.

Cojo mi chaqueta y me dirijo a la puerta.

-Por cierto -dice la anciana antes de que salga-. ¿Has pensado en dar clases de interpretación?

-¿Por qué lo dices? -pregunto dándome la vuelta.

-Bueno, si yo quisiera fingir que he perdido la memoria y quisiera que la mentira durara el suficiente tiempo, buscaría la forma de controlar mejor mis emociones... Sobre todo si cambiara mi forma de estar cada vez que viera al que era mi novio. Una buena forma es dando clases de interpretación; ya sabes, arte dramático.

Mi cuerpo queda paralizado durante unos instantes.

-¿Qué? -logro articular.

-Pero hay algo que no entiendo todavía. ¿Qué pretendías exactamente con el accidente?

-¿Tan evidente he sido? -pregunto alarmada-. ¿Alguien más se ha dado cuenta?

-No, has actuado bastante bien, pero para alguien como yo que ha vivido una vida de maltrato,

me ha resultado sencillo ver los síntomas. Sobre todo cuando él estaba cerca. Por suerte para ti, no había nadie más que yo las veces que ha venido a visitarte y no lo voy a contar. Mereces ser feliz.

Me acerco de nuevo a mi cama y me siento en el bordillo mirando hacia ella.

-Yo solo quería encontrar una salida -explico como si fuera un niño intentando buscar una excusa para que no le echen la bronca-. Estaba desesperada, se lo dije a mis padres y a mis amigas, pero no me creyeron. Él era encantador con todos, su parte horrible salía al exterior cuando estábamos a solas. Mi círculo social buscaba mantener las apariencias por encima de la felicidad de las personas y yo no podía soportar algo así. El día del accidente, él me había amenazado con matarme si lo contaba; mis padres y mi hermana estaban en el salón. Se fue al baño y yo solo salí corriendo de allí. Si hubiera escogido un mejor lugar para tener el accidente, tal vez mi objetivo se habría cumplido. Pero no funcionó y, cuando desperté y me preguntaron sobre mí, me di cuenta de que si fingía no recordar nada, podría escapar de la vida en la que estaba. Fue una decisión momentánea, pero funcionó... Hasta ahora.

-Así que tu objetivo principal era el suicidio -afirma mirándome fijamente.

-No encontraba otra solución. Tienen mucho dinero, podrían pagar a un psiquiatra privado para que me viera porque pensarían que estaría loca si lo repetía mucho. Pero no sucedió como quería. Por favor, no digas nada. Necesito ser libre, necesito escapar -suplico.

-No te preocupes, si yo hubiera estado en tu situación, me hubiese gustado que me guardaran el secreto. Puedes ir hacia tu nueva vida, yo no diré nada.

-Gracias -respondo con los ojos inundados de lágrimas-. Vendré a visitarte, ¿vale?

La anciana asiente mientras sonrío y yo me levanto, me cuelgo el bolso en el hombro y salgo de la habitación.